

PRÓLOGO

Atención.

Escucha con atención. No tenemos mucho tiempo...

Nos vigilan.

Así que, por favor, haz lo que te digo.

Primero: finge leer este prólogo.

Ahora, disimuladamente, coge el móvil. Y sin despegar la vista del texto, como el que no quiere la cosa, apágalo, quítale la batería y déjalo en un sitio seguro.

Seguro para ti.

Por último, si tienes algún ordenador o aparato electrónico cerca, desconéctalos.

Todos.

¿Ya?

¿Seguro que está todo apagado?

Bien.

Entonces, ya podemos empezar.

No sé quién eres, ni qué llevas puesto.

Pero ellos sí.

Ellos lo saben todo.

Porque no estamos solos. Nunca estamos solos.

Ni siquiera, cuando crees que no hay nadie más.

Siempre puede haber alguien.

Alguien vigilándote.

Alguien capaz de *hackear* tu móvil, o de clonar tu disco duro.

O el mío.

De hecho, puede que alguien esté leyendo estas líneas antes que tú.

Incluso antes que mi editora.

Por eso, para luchar contra el cibercrimen, los detectives clásicos se han quedado desfasados.

Hoy en día, los enciclopédicos conocimientos de Sherlock Holmes serían demasiado elementales.

Al fin y al cabo, los delincuentes digitales no dejan huellas dactilares.

Irónico, ¿no te parece?

Y en la *deep web*, la red oscura y profunda donde se refugia lo peor de cada casa, y todo, absolutamente todo está en venta, puedes contratar sicarios más duros que Mike Hammer y el Diamante juntos, por un puñado de *bitcoins*.

Pero no temas. No todo está perdido.

Aunque el crimen nunca duerme, y la trampa va siempre varios pasos por delante de la ley, también hay @ngeles de la guarda que velan por nuestros sueños virtuales.

Sabuesos 3.0 como Beppa Mardegan, la íntegra, insobornable e indomable agente de Europol especializada en delitos informáticos y crimen organizado que conocimos en *Alterworld* y que, en esta ocasión, deberá evitar un ataque ciberyihadista mientras trata de limpiar el nombre de su madre, acusada de formar parte de las Brigadas Rojas y de perpetrar el atentado que le costó la vida.

O sociedades clandestinas como *Incognitus*, que intentan denunciar los abusos del poder y salvaguardar la seguridad de Internet.

Ya, todavía no sabes quiénes son.

Pero pronto, muy pronto lo sabrás.

Pronto, muy pronto, todos lo sabrán.

Sergio Vera Valencia
Director de la colección Off Versátil



15 DE MARZO DE 1982

Consultó el reloj. Las seis menos veinte. Miró alrededor. En el único banco del andén seguía sentada, impassible, la misma anciana. Los hombres junto a la escalera tampoco se habían inmutado. El grupo de estudiantes, sin embargo, se habían percatado de algo y se interrogaban unos a otros. Entonces ocurrió. Un gigantesco resplandor la cegó. Un estruendo ensordecedor la sacudió. Una inmensa bofetada de aire caliente la golpeó, la levantó del suelo, la empujó con fuerza. Se sintió volar, arrastrada además por sus pensamientos, mucho más rápidos que su cuerpo cayendo hacia atrás. Era... ¡una explosión! Y si era eso, nada de lo que había planeado había salido bien. ¡Nada! ¿En qué momento pudo retroceder y no lo hizo? ¿Cuándo tuvo la última oportunidad de salvarse y no la vio?

Pasó planeando por encima del cuerpo del hombre que se acababa de desplomar y que aún empuñaba la pistola. Lo supo sin mirarlo, que estaba allí, muerto antes de que pudiera disparar. Algo más veloz que su propio movimiento le golpeó la cara. Era una mano ajena, a la que seguía un brazo sin cuerpo. No, era mucho más. Era una terrible masa de cuerpos desmadrados, cascotes de paredes, trozos de metal, de plástico, objetos inidentificables y polvorientos de la que formaba parte, que avanzaba en vuelo, a cámara lenta, implacable, en un tiempo que ya no le pertenecía. Era un viaje sin retorno. Lo supo antes de que acabara. El impacto con la vía del tren aún no se había producido, todavía tardaría un poco de ese tiempo distorsionado por la percepción extrema de la realidad que provoca el instante de un peligro, pero formaba parte de una inercia que nada podría detener.

Una sucesión angustiosa de escenas, personas, recuerdos, imaginaciones, enmarañados entre sí, amalgamados con su miedo y su desconcierto, se había adueñado de su mente. Arrastrada por ese caos sin sentido, ya no podía pensar con orden.

¿Cómo detener algún pensamiento al que aferrarse? Impotente, cerró los ojos, y fue entonces, justo antes del último instante tras el golpe final que le destrozó el cráneo, cuando la imagen de su hija que la miraba, sonriendo feliz, la transportó a otra realidad. Cuando abriera los ojos de nuevo estaría a salvo.

2

30 DE SEPTIEMBRE DE 2015

Se gira de golpe, volviéndose hacia el súbito fagonazo de luz en el cielo. El sol ha explotado en uno de esos instantes previos a su hundimiento definitivo en el horizonte. Mira alrededor. Otras personas pasean también por la playa, pero parecen ajenas a esa catástrofe, como si solo ella estuviera cargando con el enorme peso del crepúsculo.

El viento agita los toldos del chiringuito, combate con el vaivén del oleaje, zarandea su melena rubia y le azota la cara, orientada hacia ese sol que languidece a juego con la desolación de su corazón.

Cuando oscurece, la inexorable llegada de la noche la sorprende con los pies desnudos sepultados en la arena. Si pudiera quedarse así, sola, inmóvil, mineral. Si pudiera dejar de sentir ese dolor tan antiguo. Si pudiera liberarse de sí misma... Pero no puede. No puede. No puede.

Impotente, se sacude la arena de los pies, se pone calcetines y zapatillas, recoge su bicicleta aparcada junto a la valla que retiene las dunas y se encamina de regreso a casa.

Su apartamento está solo a unos minutos de pedaleo atravesando el puerto, pero en este anochecer le cuesta tanto lo cotidiano... Por fin llega. Como una autómatas, aparca junto a su edificio y sube a pie los dos pisos hasta su casa. Frente a la puerta, se siente tan abatida que no le importaría morir en ese instante. Solamente así descansaría de ese despiadado ser que lleva dentro, y que le grita que todo, todo, todo va mal.

Allí dentro nadie la espera, pero cuando mira distraídamente a la cámara de vigilancia y apoya la mano en el picaporte,

el sistema de domótica reconoce su iris y demás constantes vitales y saluda con su alegre voz digital: «Hola, Beppa». Se sorprende. Esta vez no lo esperaba. ¿Es esa su única compañía? ¿Seres virtuales? Se siente mejor con ellos, desde luego, la mayoría de los seres humanos hace mucho que la han decepcionado.

De pie junto a la puerta, desanimada, a punto de romper en llanto, oye sonar su móvil. No va a contestar, no tiene ganas de hablar con nadie. Pero el teléfono sigue zumbando insistente, lacerante. Instintivamente mira la pantalla. Es Patrick. De repente se produce un destello en algún lugar muy profundo de sí misma y ve iluminarse un tenue *quizás*, quizás pueda. Se agarra a eso y abre la puerta dispuesta a responder.

—*Hi*. —Entre ellos hablan en inglés.

—Hola, novata.

Es la voz grave de Patrick, con su marcado acento británico. Silencio.

—¿Novata? ¿Beppa?

—Sí, soy yo.

—¿Y esa voz de funeral?

—No me coges en un buen momento.

—Pues me parece que es el momento perfecto. ¿Sabes qué? Que nos vemos en el bar frente a tu apartamento dentro de diez minutos, lo que tardo en llegar desde la oficina. Y sin replicar, que aún soy tu jefe. ¡Ah!, tengo novedades importantes que contarte.

Patrick cuelga sin darle opción a negarse. Con el móvil aún en la mano, Beppa hace una mueca de sonrisa. Se conocen muy bien. Desde hace tiempo, cuando ella empezó a trabajar en Europol como experta en informática forense. De él aprendió la ética del policía y el olfato del sabueso, pero sobre todo, encontró a un amigo. No fue fácil, los dos venían de lugares muy distantes y les costó bastante descubrirse el uno al otro.

Cuando entra al bar, Patrick ya ha llegado. Está sentado en una mesa junto al ventanal. El cabello castaño con las primeras canas despeinado, la corbata desanudada colgando del cuello de la camisa abierta y la chaqueta del traje abandonada en el respaldo.

Al verla llegar, alza su vaso de *whisky*, brindando al aire. Es evidente que está contento. Patrick se levanta con todo su metro noventa para recibirla, y le sonríe con sus vivos ojos verdes. No se besan. Nunca lo hacen. Se sientan frente a frente, sin hablar, sin presión. A pesar de todas sus diferencias son increíblemente parecidos y les resulta muy fácil estar juntos.

A esas horas no hay nadie más en el bar, es una suerte. Fuera está oscuro y desde allí puede ver, enfrente, la ventana de su salón iluminada a través de la persiana veneciana por la lámpara que ha dejado encendida. Sus vecinos, sin embargo, siguen la costumbre holandesa de no usar persianas ni cortinas y puede ver su televisor encendido. El contraste es evidente. Nunca será, del todo, de La Haya.

—¿Así que no tienes un buen día?

Patrick toma un trago y deja el vaso sobre la mesa.

—Pues no.

—¿Quieres comentarlo?

—Más vale que no.

No puede explicarle de qué se trata. Debe encontrar el momento adecuado para las confesiones. Aún no le ha dicho nada de la culpa que arrastra desde hace tanto tiempo, ni de que ella entró a Europol con el objetivo de encontrar a los asesinos de su madre y la frustración que le produce no haber sido capaz.

—No sé por qué creo que tiene que ver con esa obsesión tuya con la lucha imposible contra el mal.

Sí, de alguna manera, piensa Beppa, se trata también de eso.

—Supongo que sí. Si la batalla contra el mal es una batalla perdida, ¿por qué insistimos, Patrick?

—Porque no podemos hacer otra cosa. No hay alternativa. O nos enfrentamos o estamos perdidos.

Patrick es pesimista, pero de una manera diferente a la suya. Él también cree que no es posible la victoria definitiva, pero su deber ético es intentarlo. Ella no tiene esos principios férreos; lo suyo, más bien, es la imposibilidad de vivir con la culpa de no hacerlo.

—Precisamente de eso van las novedades. ¿Recuerdas que te dije que no iba a consentir que el caso TEVAS acabara de aquella manera?

Sí, claro que se acuerda. El último asunto en el que había trabajado a las órdenes de Patrick tuvo un final decepcionante. La muerte del director de Seguridad Informática de Europol se resolvió oficialmente como un accidente de aviación, cerrándose de manera abrupta desde las altas instancias justo cuando aparecieron pruebas de que la mafia rusa estaba involucrada. El poder había actuado con impunidad. Otra vez. Aunque, en estos momentos, el caso TEVAS y todos los demás casos no le importaban lo más mínimo. Ella había querido entrar en Europol para cumplir una misión personal y nada de lo que había planeado estaba saliendo bien. Nada.

—Pues hemos pillado a los rusos. No puedo explicarte más. Es información clasificada.

¡Claro! ¡Eso es! Lo que importa es que Patrick ha cumplido su promesa de no parar hasta descubrir la verdad. Que su confianza en sí mismo está intacta.

—¡Gracias! Seguro que no ha sido fácil, habrás tenido que enfrentarte a muchas presiones para no remover esa porquería.

—De nada, novata. También tengo una mala noticia. Pavets sigue libre. Y Lena no estará a salvo hasta que lo cojamos.

Un silencio triste les envuelve entonces. Atrapar a Pavets, el peligroso ciberdelincuente involucrado en el caso TEVAS era

una prioridad de Europol, y para ellos dos, además, era una cuestión personal.

—¿Sabes algo de ella? ¿Está bien? —pregunta finalmente Beppa.

—No sé nada. Ni siquiera sé donde está. Ya sabes lo a pecho que se lo toman los de protección de testigos. Deduzco que tú tampoco.

—No, tampoco.

En realidad, sí sabía algo. Lena había intentado contactar con ella. La había llamado desde un teléfono encriptado, asegurándose de que no la pudieran localizar, pero Beppa nunca había contestado.

Lena era la testigo principal en la causa penal contra los mafiosos arrestados en la macrooperación policial de Europol que tenía conexiones con el caso TEVAS. Lena era también Ripley, famoso *hacker* blanco, a quien Pavets había jurado venganza después de que lo desenmascarase. Pero para Beppa, Lena era, sobre todo, una peligrosa tentación. Lo que sintió aquellos pocos días que estuvieron juntas la asustó tanto que la desaparición forzosa de Lena con el programa de protección de testigos fue un alivio. Había sucedido algo incontrolable y ella no iba a permitir que la desviarán de su objetivo.

Beppa bebe un trago de su cerveza mientras hace una larga pausa. Luego intenta cambiar de tema. Patrick sabe lo que pasó entre ellas pero prefiere no seguir hablando de Lena con él. No quiere pensar en ella y tampoco le gusta ocultar a su amigo que Lena la está buscando. Por suerte, en ese momento suena el teléfono de Patrick.

—Es Rose, mi hija, disculpa un momento.

Patrick se traslada al fondo del bar para hablar en privado.

Los hijos de Patrick, Rose y Robert, viven con su madre desde que ella y Patrick se separaron, y ahora, además, estudian en Inglaterra. Él los ve poco, aunque a veces pasan algunos

días con su padre, sobre todo cuando necesitan dinero, cosa que Beppa no les perdona. Pero cuando Patrick regresa, ella le pregunta, cortésmente, por sus hijos. Patrick responde con un forzado tono de voz alegre.

—Están bien. Muy ocupados con sus estudios. Rose tiene un nuevo novio que parece que le va a durar un poco más que el último. Robert, ya sabes, solo piensa en su carrera, llegará lejos.

Los dos sonríen. Sin embargo, a Beppa le preocupa Patrick. Estuvo casado dieciocho años con Beth, que lo dejó por otro, harta, según ella, de que él viviera para su trabajo. Después de eso, aunque fue la entrega a su profesión lo que salvó a Patrick de una depresión, una tristeza profunda se instaló en su vida y ya no volvió a ser el mismo. No es guapo en un sentido clásico, pero es atractivo y Beppa está segura de que podría volver a tener pareja y que eso le sentaría bien. A diferencia de Beth, Beppa cree que Patrick sería más feliz en compañía.

* * *

30 DE SEPTIEMBRE DE 2015

Se asoma a la ventana de su apartamento en ese pequeño pueblo de los Pirineos en el que nadie la conoce y divisa la franja azul intenso del mar en calma. Por fin ha dejado de soplar la tramontana.

Lleva meses escondida ahí. En el programa de protección de testigos activado desde Europol la dejaron elegir, y después de examinar los riesgos, le dieron el consentimiento. Ya no queda nadie de su familia en el pueblo, y la última vez que estuvo tenía once años, con su aspecto actual es prácticamente imposible que alguien la reconozca.

Su madre detesta el pueblo donde nació solo porque trasladaron allí a su padre, que era ferroviario, y el oscurantismo

del tardofranquismo convirtió su juventud en una condena. En cuanto pudo, se fue, y solo volvió en Navidad y en verano mientras vivieron sus padres. Su madre no ha regresado al pueblo desde que murió la abuela Tonia. Tampoco ella había vuelto. Reconocía a algunas personas mayores pero ellos no la relacionarían jamás con aquella niña flacucha y morena que pasaba los veranos en *Ca la Tonia*. Fueron pocos años, pero muy importantes. El fuerte espíritu marinero que la impregna se lo debe a esos intensos días de mar, rocas y sal. El abuelo le enseñó a navegar. ¿Cómo pudo haberlo olvidado, contagiada por la animadversión de su madre? Le encantaba este lugar. Todavía hoy. Lo lleva dentro, configurando quién es ella mucho más que cualquier otro. Es irónico que haya tenido que poner en peligro su vida para volver allí, a reencontrarlo.

Con su nueva identidad, Lena es una testigo protegida. Aquí no puede comportarse como una *cazabugs* experta en seguridad informática que vive de encontrar y reparar agujeros de seguridad en empresas de internet. Aquí simula ser una investigadora que está realizando un estudio de la zona costera del Massís de l'Albera en el norte de la Costa Brava. Parte de su actividad diaria es salir a navegar con su barco, su ordenador y una serie de artilugios de medición que no usa. En alta mar, sola, se siente protegida. En internet, sin embargo, ha aumentado sus identidades virtuales y ha diversificado los espacios donde aparecen para camuflarse mejor. Si está en todos esos sitios a la vez no la pueden localizar en ninguno. Eso sí, ha tenido que abandonar los foros donde entraba como Ripley, el alias a quien Pavets está buscando para vengarse. Es más sencillo esconder esa identidad virtual que la física, simplemente la ha desconectado de internet. Ripley ha desaparecido sin más.

Lo más difícil de sobrellevar es haber cortado el contacto con su familia y amigos, a quienes hace mucho que no ve. Con

los más allegados ha podido mantener una comunicación telefónica protegida, excepto con Beppa, que no responde a sus llamadas.

Conoció a Beppa en primavera, mientras ella trabajaba para Europol buscando un fallo de seguridad en sus sistemas informáticos. Su primer encuentro fue un desastre, porque Beppa estaba convencida, según le contó después, de que ella era el ciberdelincuente conocido como Pavets. Sin embargo, ahora lo sabe, la peligrosa era Beppa. Cuando se encontraron en persona la atracción fue inevitable y vivieron aquella aventura intensa durante toda una semana. En ese tiempo, lo de menos fue que ella actuara como una auténtica idiota, dejando un rastro inconfundible para Pavets. Lo realmente terrible es que ella se dejó arrastrar hacia una tela de araña donde todavía está atrapada. Beppa es la araña. No puede quitársela de la cabeza. El juicio donde debe declarar como testigo protegido tardará mucho. No va a poder aguantar tanto tiempo sin volver a ver a Beppa.